

Brad S. Gregory, *The unintended Reformation: how a religious revolution secularized society*, Cambridge y Londres, The Belknap Press of Harvard University, 2012, 574 págs.

Brad Gregory es profesor de historia europea moderna en la Universidad de Notre Dame. Con anterioridad había publicado *Salvation at stake: Christian martyrdom in early modern Europe*, publicada por Harvard University Press en 1999. Ha colaborado también en obras colectivas y en revistas académicas. Como dato meritorio, en este ambiente cada vez más agnóstico, el autor es católico y profesa y defiende públicamente la fe.

El libro que comenzamos a reseñar es muy interesante. Parece haber nacido de la preocupación de Gregory por la vida académica norteamericana y por la cultura yanqui y su acusada secularización, especialmente del conocimiento. Pero, además, está deliberadamente escrito contra una concepción sobre-sustitutiva de la historia, «supersessionist notion of history» propia del iluminismo progresista, que se niega a reconocer raíces más lejanas y profundas en la modernidad. Causa agente remota ésta, próxima aquélla. Por eso es un libro sobre los orígenes y fundamentos del mundo moderno, que Gregory pone en la Reforma protestante aunque, como dice el título, la secularización consecuente, es algo no intencionado, involuntario de la protesta.

La introducción plantea el problema y expone el método genealógico que seguirá. El primer capítulo deja la sensación de escaso pues trata sobre la exclusión de Dios en el saber humano a partir de la aparición de la *via moderna* nominalista. No es que esté mal señalar al nominalismo como responsable de muchas de las crisis sub-

siguientes, al contrario; es que el tratamiento no es totalmente satisfactorio tal vez, quizá y a mi ver, por no haberse adentrado más en la filosofía y la teología de Escoto, Ockham y sus seguidores que llegan hasta el propio Lutero y preñan las ideas modernas.

El capítulo segundo considera el anárquico pluralismo de creencias (hiper pluralismo lo llama) nacido del dogma de la *sola scriptura* (y del contra dogma iluminista de la *sola ratio*), el desacuerdo entre los mismos reformados (señalando dos grandes grupos: el magisterial y el radical, que acompañan todo la exposición) y los católicos; y luego, entre la ilustración y sus secuelas. Falta también una profundización teológica especialmente en las derivaciones protestantes. El capítulo tercero es acerca de la relativización de las doctrinas que en su hiperpluralismo quedan a merced del poder, esto es, la supremacía del Estado sobre las iglesias y el control público de las creencias religiosas («religión e increencia dentro de los límites del solo Estado»), que acaba en la secularización tanto de la religión como de la sociedad.

La subjetivación de la moral ocupa el cuarto capítulo. El autor muestra con solvencia la impotencia política de la moral moderna, hundida en el relativismo subjetivista que nace de las pendencias de la Reforma. Inmediatamente, el capítulo quinto considera la «fabricación» de la vida buena, con un examen severísimo de las sociedades adquisitivas, divorciadas de la ética cristiana y que inventan su nueva moral, la moderna economía de la avaricia, el egoísmo, la ambición y la codicia a consecuencia de la subjetivación de la moral. Una sociedad en la que impera el hiperpluralismo de verdades alegadas, de creencias religiosas y postulados metafísicos, de valores morales y prioridades de vida, una tal sociedad se mantiene unida por el consumismo que hace las veces de pegamento cultural. Creo que es el mejor pasaje del libro.

El último capítulo, el sexto, encara la secularización del conocimiento y es también de gran factura. Gregory aborda el problema

del conocimiento hodierno y sus notas más salientes: secularizado, especializado/segmentado e intrínsecamente separable del resto de la vida, remontando estas tendencias a los comienzos de la protesta religiosa y la ruptura de la unidad del conocimiento humano al rechazar la autoridad de la Iglesia y repudiar la teología. Ésta es reducida a la Biblia y sometida a toda clase de exégesis críticas (la Biblia académica de los humanistas, la Biblia ilustrada de los filósofos, la Biblia cultural de los historicistas, etc.), hasta que es expulsada del campo de las ciencias experimentales naturales o físicas. El proceso histórico es seguido a través de la enseñanza en las universidades europeas, hasta llegar a la exclusión de la teología en nombre de la libertad académica, que ejerce un terrible imperialismo ideológico.

Cierran unas conclusiones («Contra la nostalgia») que pueden ser leídas, me parece, de dos modos: como recapitulación de lo escrito, y en este sentido hacen honor al libro; o como profesión de fe del autor, en cuyo caso puede producir cierta decepción, pues su espíritu moderno resiste toda melancolía. Y no es que yo haga su apología.

Bien escrito –la erudición del autor no dificulta la lectura–, *La revolución no intencional* es recomendable a pesar de juicios históricos apresurados sobre la caída de la Cristiandad o la España de los siglos XV en adelante, o de apreciaciones doctrinarias erradas sobre el «ultramontanismo» preconiliar o el neotomismo. Es recomendable más acá de que el autor alega, como dije, ciertas inquietudes modernas y más allá, también, de no haber nunca conceptualizado qué es secularización –que es el tema sobre el que pivota todo su trabajo. ¿Qué es?, sigo preguntándome, ¿el abandono de la teología en la vida y la academia?, ¿el reemplazo de la fe por la razón o la racionalización de la religión?, ¿el cientificismo naturalista?, ¿el individualismo religioso, económico y/o político?, ¿la supremacía de los Estados sobre las iglesias, el erastianismo?, ¿la libertad religiosa que funda los derechos humanos de carácter escéptico? Si todos estos –y otro

más— fueran síntomas de la secularización —y parecen serlo—, ¿cómo se conjugan en un concepto?

Además, queda siempre la mala impresión de culpas compartidas de católicos y protestantes. El autor repite en varias ocasiones —es su tesis— que la deriva moderna de los conflictos religiosos del siglo XVI se debe no sólo a las divisiones de las iglesias protestantes sino también a que los católicos no buscaron los puntos en común con ellas y acentuaron las diferencias en debates teológicos y doctrinarios interminables; fue imposible encontrar un «bien común» en el que participar todos. Poner punto final a estas disputas religiosas resultó en el liberalismo, que empeoró la situación al privatizar la religión y la teología, ahondando así el proceso secularizador.

En suma, como casi todo libro, *La revolución no intencional* tiene defectos. Algunos han sido apuntados, pero al último señalado (que es un juicio histórico erróneo, procedente de no haber dicho qué es la secularización) se agrega la idea final de que el protestantismo ocasionó esa secularización sin quererla, casi como resultado indirecto y accidental. A mi entender no fue así: la Reforma protestante es la causa religiosa de la secularización que es, ante todo y esencialmente, religiosa.

Juan Fernando SEGOVIA

Federico Müggenburg (comp.), *La otra Iglesia imposible, Ciudad de México, Papiro Omega, 2013, 276 págs.*

El arquitecto mejicano Federico Müggenburg (1945), conocido por su condición de analista sociopolítico y religioso, y autor de un difundido *La Cruz, ¿un ariete subversivo?* (1970), en este libro en que compila documentos de todo tipo, incluidos algunos artículos suyos junto con otros materiales procedentes de otros autores, incluidos documentos de Congregaciones romanas, vuelve a abordar el asunto de la teología de la liberación y sus metamorfosis últimas.